“Las palabras son de aire, y van al aire,

mis lágrimas son agua y van al mar”

- *Gitana*, Willie Colón -

Mis padres son hippies. O lo eran cuando me criaron. Eso implica filosofías del tipo “no violencia”, “paz y amor” y esas cosas. Siempre escuché la frase esa de que “la violencia genera más violencia” y como estuvo tan bien justificada y argumentada desde siempre me pareció algo digno de creer. Hasta llegar a México, donde todo se tornó muy confuso porque de algún modo también es un privilegio poder decir y asumir *statements* de ese tipo. Y no es que mis progenitores no hayan sido víctimas de las violencias más extremas. Mi mamá proviene de una familia campesina en la que ella fue de las primeras personas en saber leer y escribir, gente de campo que por siglos y siglos estuvo esclavizada por los terratenientes y la iglesia católica y que por generaciones se bancó la terrible humillación de no poder abrir la boca, de trabajar jornadas de sol a sol para finalmente poder tener un chamizo sobre la cabeza y un pan en la boca y que definitivamente vivieron en la pobreza más extrema (sí, banda, eso también existía y existe al otro lado del charco) sobreviviendo apegados a la tierra, a los olivos, a los elementos. Mi papá proviene de una familia de fascistas violentos hijos de su puta madre que no pudieron entender que un chico con aptitudes artísticas no tiene que ser por defecto un fracasado ni un anormal, su papá lo golpeaba desde niño brutalmente sólo porque era diferente y nadie a su alrededor pudo o supo detener esa violencia. Ambos dos sufrieron cosas que no estaban dispuestos a perpetuar, y por eso mismo en ese momento, con Franco vivito y coleando, se armaron de la valentía necesaria para disentir, no quisieron repetir el patrón y desde la más tremenda precariedad lo lograon.

Yo soy el producto de su resistencia y de su disidencia y se los agradezco mucho, todo el amor, todas las consignas, toda la sabiduría y toda la libertad. Nomás ahora no me sirve y ando bien desorientada, porque me desplacé a un territorio donde aunque no se haya declarado abiertamente que hubo/hay una dictadura, o una guerra (porque eso todo lo dictaminan los historiadores europeos) o miles de masacres,

todo eso es una realidad transformada cruelmente en cotidianidad. Cuando uno vive en una guerra negada, vive en ella y la normaliza, cuando uno esta en una dictadura disfrazada de democracia (es decir, un lugar donde los derechos humanos más básicos son pasados por alto), cuando uno contempla las masacres quedar impunes una tras otra, entra en un estado de vivir el día como si fuera el último puto día y carece del privilegio de pensar que quizás se pueden cambiar las cosas y poner de su parte para que sean de otra manera.

No he estado en un territorio tan imposible como este. Y he estado en los Balcanes o en Brasil donde la gente de algún modo no pierde, a pesar de la violencia diaria, la noción de que su contexto puede ser modificado.

Acá, en lugar de eso, al menos en DF, las personas se han adaptado a esa cotidianidad macabra en la que la violencia tanto estatal como civil está tan normalizada que piensan que cambiarla va a ser más pedo que seguirle el juego. Y así estoy yo ahora también.

Hace una semana el lugar que tengo junto a mi compañera (una pequeña y humilde marisquería que deviene centro cultural a veces) fue atacado por dos personas, dos machos heterosexuales, dos hombres que piensan que tienen poder, por el sólo hecho de que sus cerebros no pueden procesar que dos mujeres no interesadas sexualmente en ellos puedan llevar “solas” a cabo un negocio exitoso. ¡Ojo! No se me vayan a ofender amigxs heterosexuales ni se lo tomen personal, pero la verdad aún no he visto un cartel marica o de lenchas asesinando masas, extorsionando gente, aventándose balaceras o haciendo esas cosas que sólo la heterosexualidad más hegemónica y paradigmática puede hacer: tomar el poder de quitar otras vidas, en grupo y con la permisividad de las autoridades. Ahí se las dejo: ser hetero no es un crimen pero la gran mayoría de los crímenes los cometen hombres heteros.

Hace una semana nuestro templo de amor (desde ahí lo construimos) fue profanado por personas alérgicas al amor, llenas de odio. Simplemente (por las condiciones socioeconómicas, raciales, de clase o cualquier otro factor que gusten meter a esta compleja ecuación) porque son incapaces de procesar información tan bizarra como que sus mamás estén sentadas comiendo cocteles de camarón al lado de

dragas, lenchas y otrxs monstruxs diversxs. Si mi compañera y yo hubiéramos sido dos hombres (gays o no), su odio sería otro. Si mi compañera y yo fueramos una pareja heterosexual, su odio ni existiría.

Hace una semana, cuando vi a mi jefa de barra con la cabeza abierta y chorreando sangre a borbotones, o cuando mi amigo trató de evitar que me golpearan más cuando yo ya estaba en el piso, llevándose como consecuencia su nariz rota, o cuando a la mañana siguiente contemplé nuestro lugar tapizado de cristales y charcos de sangre, me acordé mucho de mis papás y sólo pude pensar “chinguen a su madre pinches hippies, la bondad que me enseñaron acá vale vergas”.

Aún no les he dicho lo sucedido porque están lejos, no tienen posibilidad económica de venir a verme y no quiero que se preocupen con cosas que no van a poder remediar. Porque esto no tiene remedio, o no al menos uno que entre en sus cabezas. Tengo dos años sin verlos y hay cosas que no se platican por skype, que requieren, cuanto menos, un abrazo.

Hace una semana empecé a pensar que quizás todo eso que creí que eran mis “principios e ideales” están escritos en un código incomprensible, obsoleto y digno de ser destruido y reconstruido. Porque sí, la violencia genera más violencia, pero nunca confié en que dejarse y poner la otra mejilla “pacíficamente” sea una salida, ni tampoco me creí jamás del todo ese cuento de que con amor y cariño todo puede ser arreglado, aunque lo he llevado a la práctica con cero éxito acá. Sencillamente entendí que hay personas, malnacidas, podridas e irreceptivas que no pueden digerir otra cosa que no sea la violencia y que ese es su lenguaje y así ha de transmitírseles cualquier mensaje.

Esto es muy duro para mí, rompe por completo mi confianza en las personas y trastoca por completo cuestiones profundas sobre mi identidad y mis ideas. De pronto, como anarquista, me veo en la contradicción de sentir alivio cuando llega la policía, de desearlos junto a mí y de pensar las cárceles como una solución a mis problemas; como feminista, de andar recurriendo al apoyo de machos porque a ellos sí los escuchan, para pedirles protección; o, por ejemplo, de confiar en que los medios de comunicación *mainstream* o que las “autoridades” estatales puedan salvarnos de este atolladero. Es decir, me veo a mí misma traicionándome porque no hacerlo conduce a una muerte segura o a un miedo

con el que no se puede vivir. Y eso se siente muy cabrón porque una ya ni sabe quién es ni en qué va a devenir. En este momento yo podría devenir en muchas cosas que por toda mi vida he considerado “el enemigo”. Podría devenir corrupta, sicaria, aliada de los machos y la autoridad, psicópata, y una grandísima hija de puta. Y si eso no está pasando (aún) es porque todo eso que me enseñaron de chiquita es poderoso y tiene mucha fuerza en mí.

Desde hace una semana no hemos parado de recibir muestras de solidaridad por parte de personas de toda índole: desde las compas feministas hasta los viejitos de la cuadra, pasando por mucha gente *random*, periodistas, activistas de derechos humanos y autoridades. Ese gran combo de personas que están a nuestro lado en esta circunstancia no ha podido evitar que yo haya dejado de ser quien era para convertirme, con toda certeza, en alguien peor.

Porque sí, la violencia, además de generar más violencia, transforma a las personas en alguien que no quieren ser y las orilla a perpetuar un pinche círculo de mierda del que una vez entrando, al igual que los de Dante, ya no hay retorno y se ha de abandonar toda esperanza.

Bienvenidx al infierno, como dice la compa Mare. Siento mucho decepcionar así los principios que mi papá y mi mamá tanto empeño pusieron en construir.

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate

("Abandonar toda esperanza, quienes aquí entráis")

- *La Divina Comedia*, *Infierno*, Dante Alighieri -